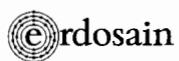


# AMÉRICA IMAGINARIA

MIGUEL ROJAS MIX



## ACERCA DE ESTA EDICIÓN

Hace tres años, Constanza Blanco J. me enseñó un centenar de páginas de *América imaginaria* a través de un cuadernillo de fotocopias.

Fascinados por su contenido, quisimos adquirir una edición original para acceder a la totalidad de la obra, cayendo en cuenta, luego de frustrados esfuerzos, —buscamos en librerías y bibliotecas de Santiago y Buenos Aires y en las principales tiendas virtuales del mundo—, que el libro contaba con una única edición que databa de 1992 y que estaba por completo agotada. No podíamos creer que tan importante material no hubiera vuelto a ser publicado durante el transcurso de más de veinte años. El único acceso que tuvimos a la obra completa fue el cuadernillo que Constanza obtuvo de la Biblioteca Nacional tras ir día a día a fotocopiar el máximo de páginas permitido para completar el volumen. Todos los ejemplares de esa primera edición habían desaparecido rápidamente luego de su publicación, terminando en bibliotecas de privados o de instituciones culturales y universidades de otros países. *América imaginaria*, profusamente citada en las carreras de estética e historia del arte y en sitios de internet dedicados al estudio de la teratología y los seres fantásticos, se nos escabullía como si fuera un libro mítico, un fantasma al cual solo se podía acceder mediante deficientes fotocopias. La conclusión fue obvia: este libro debía volver a ser publicado.

Por ese entonces, Erdosain Ediciones daba sus primeros pasos. Decidimos transformar *América imaginaria* en nuestro proyecto de cabecera y, después de algunos esfuerzos, logramos contactar a Miguel Rojas Mix, quien accedió con mucha cordialidad a que fuéramos sus editores. Invitamos a nuestros amigos de Pehuén Editores a participar con su experiencia y nos adjudicamos, en calidad de coeditores, un fondo del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes el año 2014.

Ambas editoriales, comprometidas con la difusión de la identidad y cultura latinoamericanas, presentamos, orgullosos y convencidos de que este es un libro vital para el estudio de América, esta segunda edición. Esperamos haber cumplido con los requisitos y cuidados que este libro merece y que ahora estará al alcance de tantos en bibliotecas y librerías. Muchos se alegrarán de poder al fin reemplazar sus viejas versiones fotocopiadas por esta nueva edición.

Sin duda alguna, este libro asombrará a sus nuevos lectores y volverá a encantar a quienes ya lo conocen, no solo por la aguda mirada de su autor y su amplia curatoría de imágenes, sino, muy especialmente, por la reflexión a la que invita. Con cada página, el lector podrá acercarse al increíble imaginario con que se ha vestido al continente desde su «descubrimiento», explicándose, descifrando y —por qué no— derrumbando tantos prejuicios y estereotipos que han marcado y siguen marcando el sino de *nuestra* América.

Daniel Blanco P.  
Director de Erdosain Ediciones

# ÍNDICE

Acerca de esta edición	5
Introducción: ¿De color azul y cabeza cuadrada?	9
I: AMÉRICA CLÁSICA Y FANTÁSTICA	13
Las leyendas, las políticas y los nombres	15
La visión de mundo a fines de la Edad Media	15
Las profecías de América	19
<i>Plus ultra</i> o islas reales e imaginarias	21
El origen de los americanos	23
Onomasiología o la polémica de los nombres y las legitimaciones	30
¿Si la tierra es redonda, tiene que tener dos hemisferios! Se revela el hemisferio occidental y cristiano	40
Los mitos	45
La geografía novelada	45
Los lugares imaginarios o maravillosos	50
El paraíso	50
Jauja o el paraíso de los bobos	56
La Fontana de Juvencia	58
Gog y Magog	61
El Dorado	62
Quivira	65
Los seres que Dios creó el día que le temblaba un poco la mano	67
Monstruos tradicionales de Occidente	69
El acéfalo	69
Las amazonas	74
Los gigantes	80
Los monstruos menores	89
Las sirenas	92
Entre el mico y el hombre	93
Gente con cola	95
El cinocéfalo	96
El orejón	98

Los monstruos criollos	100
El <i>haiit</i>	103
Los antropocéfalos	104
La maravilla de mar	107
La harpía	108
Los animales	109
Retórica del monstruo	112
Efecto fantástico de América en el paisaje europeo	117
Los salvajes, ¿son hombres? Una cuestión de naturaleza	123
América exótica	147
Moritz von Nassau y los artistas holandeses en Brasil	147
Los <i>Tapices de Indias</i>	149
El paisaje de América meridional en los siglos xvii y xviii	151
La representación del hombre americano en el Barroco	155
América, alegoría	166
Notas del Capítulo I	173
<b>II: AMÉRICA NEOCLÁSICA Y ROMÁNTICA</b>	185
América neoclásica	187
El «buen salvaje» y el mal europeo	187
América romántica	197
Humboldt y la visión científica de América	197
Humboldt y la ideología del romanticismo	199
El arte científico	207
Los artistas naturalistas	211
Humboldt y el arte precolombino	223
Notas del Capítulo II	232
Nota del editor	237
Epílogo: <i>Exoticorum</i>	239
Índice onomástico, toponímico y temático	242

## ¿DE COLOR AZUL Y CABEZA CUADRADA?

«Los hombres eran de color azul y de cabeza cuadrada»... ¿Habitantes de otros planetas? ¿Personajes de ciencia ficción? Resulta difícil pensar otra cosa, pues desde la época de H. G. Wells un hombre así no puede ser sino un marciano. Todavía hoy, más de cien años después de la aparición de *La guerra de los mundos*, la pregunta por los habitantes de otras tierras sigue resonando con los mismos ecos de misterio y fantasía que en el aquel entonces y sigue envuelta en la misma atmósfera de inquietante alucinación que permitiera un día al humor negro de Orson Welles crear el pánico en New York.

De cómo son estos «marcianos», los escritores, desde H. G. Wells a Ray Bradbury, nos han suministrado versiones más o menos espectaculares y el cine no se ha quedado atrás fabricando cabezas de cartón y extremidades de caucho o polietileno para vestir a sus criaturas. Se les ha mostrado de diversas formas: como seres fosforescentes, pura electricidad, como vegetales que viajan en forma de grandes semillas, etc. Sin embargo, la imagen corriente sigue siendo aquella que acuñara Wells: Seres de grandes cabezas, de color azul o verde, de ojos facetados, con antenas y extremidades que se desarrollan en seudópodos. La imagen del marciano podría dar muchas ideas a un psicólogo sobre el terror ancestral del hombre por lo desconocido. De todas maneras, «de color azul y de cabeza cuadrada» no está mal para marciano.

El asunto, por el momento, es literario y podemos especular con la imagen del marciano todo lo que queramos, pues no le hacemos daño a nadie. El problema se va a plantear si, al descender el hombre sobre otros planetas, encuentra habitantes, y será especialmente peliagudo si éstos son idénticos a él. Si tienen una cabeza que proporcionalmente cabe siete y ocho veces en el cuerpo según los cánones del Policleto o de Lisipo, si tienen brazos, manos, tórax, dientes, piernas y pies, ¿los verá entonces como «semejantes», como «prójimo», o aun estas circunstancias los esquemas de su fantasía (léase ideología) le harán percibirlos de una manera distinta? ¿Será capaz de reconocerlos como iguales, o se sentirá inclinado a afirmar que aquellos individuos son diferentes, a buscar en ellos algo fantástico para satisfacer su propio espíritu de quimeras?

«Los hombres eran de color azul y de cabeza cuadrada»... Pero no eran marcianos.

Cuando el Viejo Mundo desembarcó en el Nuevo, ya tenía diversas imágenes del salvaje. Una era la del bárbaro, que le habían legado los griegos: otra la paradisíaca del hombre en estado de naturaleza, salida a la vez de la Biblia y de las concepciones clásicas, convenidas de que la historia comenzaba en la Edad de Oro. Finalmente, la Edad Media había popularizado la leyenda de un salvaje hirsuto, cubierto de pelos. Naturaleza animal del hombre, se le creía provisto de una fuerza y un vigor extraordinarios. En el *Recueil de la diversité des habits* (París, 1562), Enea Vico graba a "L'homme sauvage" junto a un nuevo salvaje: "L'homme du Bresil".



En 1498, es Sacrobusto quien, comentando una obra de John of Hollywood, describe así a los recién descubiertos aborígenes de América:

Cuando en el año de Nuestro Señor 1491, nuestro gran rey Fernando de España envió navegantes experimentados al occidente ecuatorial a buscar islas, estos navegantes a su vuelta, después de cerca de cuatro meses, decían que habían encontrado muchas islas en el Ecuador o cerca de él, en prueba de lo cual traían muchos géneros de aves exquisitas, varias especies aromáticas y otro, también traían algunos hombres de esas regiones con ellos. Estos hombres no eran altos, pero bien formados, reían con gusto y eran de buena disposición, confiados y aquiescentes, de inteligencia considerable, de color azul y de cabeza cuadrada, a los españoles les parecían extrañísimos.

No sólo de azul se coloreó, al indígena también se le pintó de rojo. Una de las más antiguas representaciones gráficas que conocemos de nuestros aborígenes es un grabado en madera del año 1505 que servía como ilustración al relato del *Tercer Viaje* de Américo Vespucio. El grabado lleva al pie una leyenda en la que se describe a los indígenas como verdaderos seres de fábula:

Tanto los hombres como las mujeres andan desnudos, poseen un cuerpo bien proporcionado y tienen una piel casi de color rojo. Tienen perforadas las mejillas y los labios, la nariz y las orejas y adornan estas incisiones con piedras azules, pedazos de vidrio, mármol y alabastro muy finos y hermosos. Esta costumbre es propia, sin amargo, sólo de los hombres. No existe entre ellos ningún tipo de propiedad privada, sino que todas las cosas pertenecen a la comunidad. Viven todos juntos, sin rey o jefe de ninguna especie y cada uno es su propio señor. Toman como esposa la primera que encuentra y actúan en todo sin atenerse a ley alguna. Luchan entre ellos sin arte ni regla, se devoran unos a otros, incluyendo sus muertos, pues la carne humana es una de las formas habituales de alimentación. Acostumbran a salar la carne humana y a colgarla de las casas con el objeto de que se seque. Alcanzan la edad de ciento cincuenta años y rara vez se enferman.

Roja quedó la piel del indio por los siglos de los siglos...

Pero aparte del color, la descripción atribuye al indio una cantidad de características sociales y físicas que estaban destinadas a chocar con la visión del mundo del europeo y que sobre un fondo de socialismo utópico contradecían sus estructuras normativas: comunidad de bienes y mujeres, carencia de leyes y canibalismo. Fantástica era la vitalidad que se le atribuía y la edad que se afirmaba podía alcanzar.

No obstante, pronto pareció excesivo al europeo atribuirle tanta vitalidad. Desde luego, el salvaje encontrado en América no tenía nada en común con la imagen tradicional del «hombre salvaje» que existía en la leyenda y en la heráldica europea. El *homo sylvestris* se caracterizaba en primer lugar por estar cubierto de pelos y por poseer una fuerza física y una vitalidad sexual extraordinarias. Su imagen era en realidad expresión de la dicotomía espíritu-materia, alma-cuerpo, que había popularizado el cristianismo, pero que venía de lejos: desde Platón y los neoplatónicos y desde el maniqueísmo. El *homo sylvestris* representaba el principio de la materia, la parte animal, peluda, del hombre. No había pues paradoja mayor que encontrarse con un salvaje lampiño. La imagen del peludo salvaje europeo no encajaba en absoluto con la del glabro aborigen americano. Por otra parte, el americano era caníbal, atributo que terminó de horrorizar a los hombres del Viejo Continente, dándole un carácter verdaderamente repulsivo a su imagen. Como salvaje, el americano se identificaba con el europeo, su homólogo, por la carencia de espíritu; pero ni siquiera estaba a la altura de su antecesor; pues, si la pilosidad era el atributo exterior del vigor físico y sexual, un salvaje lampiño no podía ser sino débil e impotente. *Suma summarum* muy pronto se concluyó que el indio, además de lampiño, carecía de vigor físico y de capacidad mental. Se comenzó por reducir la edad que eventualmente podía alcanzar y los venerables ciento cincuenta años se rebajaron hasta unos modestos cuarenta; se dijo de él que era

¿Quiénes eran estos hombres que se encontraban en el Nuevo Mundo? He aquí la gran cuestión que se planteó Europa cuando supo de su existencia. Este grabado de 1505, que ilustra una de las ediciones de Vespucio, es el primero en ir acompañado por una leyenda que da una respuesta: «son caníbales —dice—, pero viven en un estado de naturaleza en que todo es común, incluso las mujeres, y tienen una salud envidiable, jamás se enferman y alcanzan hasta los ciento cincuenta años».



débil, impotente, amente. Pronto reivindicó el europeo su absoluta superioridad. Apenas medio siglo después del descubrimiento, se discutía apasionadamente en Valladolid (1550-1551) si el indio era un *servi a natura*, es decir, si, de acuerdo a lo afirmado por Aristóteles y posteriormente recogido por Santo Tomás en la *Summa contra gentiles*, pertenecía a aquella especie de hombres que, por su condición natural, estaban destinados al servicio de sus superiores y decir superior era igual, por cierto, a decir europeo.

La historia de estos decires y su imagen es lo que llamamos «América imaginaria».